

De grasa industrial a producto de mantel: transformaciones y cambios en el sector oleícola español, 1830-1986

● JUAN FRANCISCO ZAMBRANA PINEDA*
Universidad de Málaga

En la década de 1980, el olivar español superaba, ligeramente, los dos millones de hectáreas, producía casi medio millón de toneladas de aceite y destinaba a la exportación una cuarta parte de la cosecha. Estas cifras representaban, de manera aproximada, un 25 por ciento de la superficie total de olivos en el mundo, un tercio de la producción mundial y algo más, en torno al 40 por ciento, del comercio de exportación por países. En estos años, España volvió a ser el primer país productor y exportador de aceite de oliva en el mundo, aunque sus aceites no tuvieron la primacía en el mercado internacional de este producto¹.

Atrás quedaba un periodo de graves dificultades para el cultivo con un descenso importante de su rentabilidad económica, que exigió el arranque de varios miles de hectáreas, la reestructuración productiva de otras tantas y el comienzo de plantaciones intensivas como respuesta a la propia crisis olivarera². Adelante se abría una época esperanzadora con la entrada en la Comunidad Económica Europea (1986). España partía, en 1986, con unos precios de intervención mucho más bajos que los comunitarios y, además, los olivareros hispanos no contaban con el sistema de ayudas a la producción de la Unión Europea. Año tras año, los precios españoles se fueron equiparando a los comunitarios, mientras que las ayudas se fueron incrementando hasta lograr los mismos niveles que los alcanzados en Italia³. En consecuencia, tras 1986, comenzó otro periodo en el que, de nuevo,

* Domingo Gallego Martínez, José Ignacio Jiménez Blanco, José Antonio Sebastián Amarilla y Santiago Zapata Blanco han leído y mejorado el texto. También he tenido en cuenta las indicaciones de los evaluadores de la *Revista de Historia Industrial*.

1. Rocchi (1993).
2. Naredo (1983).
3. Maté (1997).

aumentaron los plantíos, mejoraron los rendimientos agrícolas y se obtuvo un aceite de mayor calidad, elaborado por un renovado y moderno equipamiento industrial. Sin embargo, muchos olivos, viejos y marginales, dependían y siguen dependiendo casi en exclusiva de las ayudas de la Comunidad, por lo que se hacía y se hace imprescindible continuar con la reestructuración e intensificación del cultivo; un cultivo que, en la década de referencia (1980-1989), se encontraba fuertemente concentrado en el centro-sur peninsular y tenía una desigual productividad por regiones. El Cuadro 1 muestra, sin ambages, ambos hechos y, sobre todo, establece una clara diferencia en los rendimientos de aceituna por hectárea entre el noreste y el centro-sur peninsular⁴. Las diferencias son aún mayores en el caso de las provincias de Córdoba, Jaén y Sevilla, centro productor del aceite de oliva en España. Tal concentración se daba, asimismo, en el sector de extracción del aceite de oliva, muy vinculado a la propiedad agraria, organizado en cooperativas, que molturan gran parte de la cosecha de aceituna con moderno equipamiento industrial⁵.

Pero no voy a escribir sobre el presente ni el futuro del olivar español sino sobre el pasado, un pasado que comprende el origen, desarrollo y consolidación de la actual arboleda y abarca un largo periodo (1830-1986) durante el que se sucedieron varias etapas.

La *primera* (1830-1880) comenzó en las décadas iniciales del siglo XIX, años en los que se dio el primer gran impulso, debido a la desaparición de los privilegios señoriales, la puesta en cultivo de tierras desamortizadas, el acceso a la propiedad de nuevos titulares y al aumento de la demanda, interna y externa. Una parte importante del aceite español era destinado a usos industriales en los mercados europeos (Inglaterra, Alemania, Dinamarca, Rusia, etc.). La *segunda* (1880-1896), la crisis agrícola y pecuaria de finales del siglo XIX, frenó la expansión anterior y exigió una profunda transformación al olivar español. La *tercera* (1896-1935) fue, de nuevo, un periodo expansivo, aunque con unas características diferentes. Entonces, los mayores esfuerzos se centraron en el aumento de los rendimientos agrícolas (aceituna por hectárea), en la obtención de aceites de mejor calidad (modernización de las almazaras) y en la búsqueda de nuevos países consumidores. En aquel periodo, España llegó a ser el primer productor y exportador de aceite de oliva en el mundo, aunque una parte importante de su comercio tenía como destino Italia. La *cuarta* (1939-1959) fue una etapa atípica: el aislamiento económico y la política autárquica del primer franquismo parali-

4. Los datos del Ministerio de Agricultura no permiten analizar la superficie, producción y rendimientos según *zonas*, establecidas por el propio Ministerio en 1972 y definidas por la variedad de sus árboles y las características agroclimáticas dominantes. Quede constancia, asimismo, que el olivo no existe en las zonas más húmedas (Galicia y Cornisa Cantábrica) y en las más frías y/o montañosas (Castilla y León).

5. Parejo y Zambrana (1994), Martínez (1980) y Ministerio de Agricultura. Dirección General de Industrias Agrarias (1979).

CUADRO 1
SUPERFICIE, PRODUCCIÓN Y RENDIMIENTOS AGRÍCOLAS E INDUSTRIALES
DEL OLIVAR ESPAÑOL, 1980-1989. MEDIA ARITMÉTICA DEL DECENIO

	S	P	RA	RI
Noreste	268	36	620	22
Centro-Sur	1.717	453	1.370	21
España	2.020	495	1.250	21

S: Superficie, en miles de has; P: Producción de aceite de oliva, en miles de tms; RA: Producción de aceituna por hectárea, en kgs; RI: Producción de aceite de oliva por quintal métrico de aceituna, en kgs.

Noreste: Aragón, Cataluña y Comunidad Valenciana. Centro-Sur: Andalucía, Extremadura y Castilla-La Mancha.

Fuente: Elaboración propia a partir de los *Anuarios de estadística agraria*.

zaron el proceso de modernización de las almazaras y, sobre todo, redujeron el comercio exterior, desandando el largo y difícil camino para conseguir consumidores foráneos. Fue, sin embargo, un periodo de alta rentabilidad para los olivereros españoles por los bajos salarios y el «mercado negro» del aceite. La *quinta* (1959-1980) se caracterizó, sobre todo, por un cambio en la política olivarera nacional española, que sustituyó la tradicional protección a la producción por una acentuada protección al consumo, inundando de otros aceites el mercado español, mientras que en los años de escasez contingentaba las exportaciones. Además, en estos años, el alza de los salarios redujo, de manera considerable, la rentabilidad del cultivo y con ella la superficie olivarera. Por último, la entrada de España en la Comunidad Económica Europea (1986) ha supuesto el comienzo de otro periodo en el que, de nuevo, crece la superficie, mejoran los rendimientos agrícolas y se obtiene un aceite de mayor calidad.

El olivo, la mejor de las granjerías (1830-1880)

Desde mediados del siglo XVIII y durante casi todo el siglo XIX, el olivar fue un cultivo en expansión. Los trabajos sobre el Catastro de Ensenada (1752) y otros referidos a épocas posteriores han mostrado el avance de la superficie olivarera. Este movimiento se aceleró en las décadas centrales del siglo XIX tras la desaparición de los privilegios señoriales, puesta en cultivo de tierras desamortizadas, acceso a la propiedad de nuevos titulares y el aumento de la demanda interna y externa⁶. El resultado fue una ampliación del cultivo a 300.000 nuevas hectáreas, localizadas, buena parte de las mismas (el 80 por ciento), en el Centro-Sur penin-

6. En 1827, el aceite de oliva era ya uno de los principales productos de la exportación española y el consumo interno aumentaba al par de la integración del mercado nacional, sobre todo después de la construcción de las principales líneas ferroviarias (1855-1870), Kondo (1990).

CUADRO 2

EVOLUCIÓN DE LA SUPERFICIE DE OLIVAR EN ESPAÑA, 1858-1900. (MILES DE HAS)

	1858	1888	1900
Noreste	278	324	317
Centro-Sur	572	822	926
España	858	1.154	1.253

Fuente: Elaboración propia a partir de Zambrana (1987).

sular, que llegó a ser el área productora por excelencia. El Cuadro 2 muestra este crecimiento y la alta participación de los olivares sureños en el total nacional⁷.

Por aquel entonces, la mala calidad de los caldos sureños contrastaba con la apreciable bondad de los aceites catalano-aragoneses, obtenidos por un proceso adecuado y lento. Ambas zonas desarrollaron oleiculturas bien diferenciadas. En el primer caso, los olivicultores andaluces (también los extremeños y los castellano-manchegos) extendieron el cultivo y se despreocuparon del proceso de fabricación, impulsados por una demanda industrial foránea y la escasa exigencia del consumidor interno. Las grandes cosechas de aceituna esperaban largos meses para su completa molturación y en esa larga espera se originaban los principales defectos de los caldos del mediodía. La capacidad de molienda de las almazaras del Centro-Sur era pequeña en relación a la cosecha e inferior, en términos relativos, a la que existía en Aragón y Cataluña⁸. Por ello, los aceites de estas últimas regiones eran de mejor calidad⁹. Además, aquí, los propietarios olivareros y los fabricantes procuraban, casi siempre, no mezclar aceitunas de distintas procedencias, moler de forma rápida el fruto recolectado y diferenciar los caldos de una primera presión en frío de los otros realizados con escalde. Ayudaba a ello una cosecha no muy abundante y el predominio, en la fase industrial, de fabricantes que exigían, en sus compras, aceitunas frescas y en su punto. El aceite producido se dirigía al exterior donde competía con los mejores de procedencia italiana o francesa.

Sin embargo, el fuerte crecimiento del comercio internacional del aceite de oliva anterior a 1873 estuvo relacionado con la demanda de la Europa continental y los usos industriales del aceite de oliva¹⁰, por lo que gran parte de las exportaciones españolas estuvo dirigida a satisfacer dicha demanda. España exportó un

7. No existen datos fiables sobre superficie de olivar en España para años anteriores a 1858. Roux (1988) da la cifra de 500.000 has en 1840, por lo que, en apenas 20 años (1840-1858), se produjo un avance también importante. Las informaciones cualitativas no contradicen esta expansión.

8. Nadal (1987).

9. Las variedades de aceituna que predominaban en dichas regiones (arsequina, empeltre, farga, etc.) proporcionaban aceites más suaves y menos ácidos. Véase Crespo (1909). También, Pujol (1988) y Pinilla (1995).

10. Ramon (1997) y (2000). Este autor ha señalado que las exportaciones mundiales de aceite de oliva crecieron, entre 1852 y 1873, a una tasa superior al 4 por ciento, importante cuando se compara con productos primarios y/o manufacturas.

promedio de 18.818 toneladas entre los años de 1860 y 1874, de las que Inglaterra (27 por ciento) fue el principal receptor, seguido de Cuba (16,4), Francia (16,0) y Alemania (9,3).

La exportación española llegó a representar casi el 23 por ciento en el volumen de las exportaciones mundiales de este producto, participación claramente inferior a la de Italia que, con un 60,9 por ciento, era el principal país exportador¹¹. El olivar italiano tuvo un desarrollo parecido al de España, aunque allí la producción era más abundante, de mejor calidad y más barata, lo que se tradujo en un control y dominio del mercado internacional. Pese a ello, parte de las exportaciones italianas era consumida en las industrias de los países económicamente adelantados de Europa, donde competía con los de otras procedencias.

Las compras inglesas de aceite español registraban grandes oscilaciones y el consumo, con preferencia, fue el industrial. Una demanda poco rígida y la presencia de aceites de otras áreas explican los altibajos de las exportaciones a Inglaterra. Hasta 1890, al menos, los caldos italianos fueron más abundantes y baratos que los españoles en las ciudades inglesas. Cuba, posesión española hasta 1898, constituyó un mercado regular y continuo. Su consumo debió de ser muy parecido al español, ocupando el uso culinario una buena parte del mismo. Francia fue otro país comprador, pero de mayor regularidad y firmeza que el inglés. Consumía el caldo español, en la industria, aunque también lo usaba para sostener su floreciente comercio oleícola. Desde las décadas centrales del siglo XIX, el agricultor galo redujo la superficie olivarera y optó por otros cultivos más rentables. En consecuencia, el país vecino llevó a cabo una política importadora de grasas con el fin de abastecer el propio mercado y mantener la actividad comercial. En este contexto deben situarse las compras de aceite español que, ya a finales de siglo, encontraron dura competencia en los aceites vegetales y en los de oliva procedentes de otras naciones (Túnez y Argelia).

Como corresponde a la distribución de la cosecha, los puertos de embarque estaban situados junto a las zonas productoras. Málaga, Sevilla y Cádiz daban salida a los aceites del sur y Barcelona y Tarragona constituían las principales aduanas del área levantina. Estas últimas despachaban, también, buena parte de los aceites andaluces transportados hasta allí. Durante la segunda mitad del siglo XIX, Málaga fue la tradicional salida europea de los caldos del mediodía. Entre 1866 y 1887, casi el 80 por ciento de las exportaciones andaluzas con destino a Europa salieron por esta aduana. Los países europeos representaban el destino final del 90 por ciento de las exportaciones españolas.

En resumen, los decenios centrales del siglo XIX constituyeron una época expansiva para el olivar español. Aumentó la superficie y con ella la producción, el nivel de los precios fue alto y creciente la cuantía de las exportaciones. El atra-

11. Ramon (1997).

so cultural y tecnológico le dio un carácter cuantitativo, aunque no impidió que se gestasen saneados negocios alrededor del quehacer olivícola hasta el punto de convertirse en la mejor de las granjerías de la época. Sin embargo, dicho crecimiento pronto tuvo su final. Un cambio en las condiciones del mercado, hacia 1870, debilitó la trayectoria de años atrás.

El declive de los usos industriales del aceite de oliva y la crisis olivarera de finales del siglo XIX (1880-1896)

La crisis olivarera de finales de siglo fue parte de la crisis agraria europea, originada por la ampliación de los cultivos en nuevos países y la reducción de los costes de transporte. En el sector olivarero, aceites minerales, grasas animales y aceites de semillas invadieron los mercados mundiales, redujeron los usos industriales del aceite de oliva y amenazaron, incluso, el consumo alimentario del caldo de la aceituna. Sirva de ejemplo el avance del cultivo del algodón en Estados Unidos, que triplicó la superficie sembrada entre 1869 y 1899 (de 3 a más de 9 millones de hectáreas) y aumentó, de manera notable, el aprovechamiento de los granos para la obtención de aceite. Asimismo, este auge de los aceites y semillas vegetales puede documentarse a través del comercio de alguno de los países. Francia, por ejemplo, importaba anualmente unos 5 millones de quintales métricos de semillas oleaginosas en la década de 1880, algo más de 6 en 1890 y 7,5 en 1900. Además, junto a la llegada masiva de estos productos, hay que notar los cambios cualitativos que resultaron de los avances científicos (extracción con disolventes, depuración y refinado de los caldos, obtención de grasas hidrogenadas y/o aceites endurecidos, desdoblamiento de grasas, etc.) y de las innovaciones técnicas (prensas hidráulicas, trituradores-laminadores de todo tipo para granos oleosos, etc.)¹². Con todo ello, el mercado de las grasas vegetales diversificó su oferta y mejoró notablemente la calidad del producto.

La nueva situación tuvo efectos negativos para el comercio mundial de aceite de oliva, con tasas de crecimiento negativas entre 1873 y 1890, y para su cotización internacional, con una reducción próxima al 25 por ciento¹³. Dado que los precios en el interior de los países oferentes dependía, sobremanera, de los valores alcanzados en los mercados consumidores, la depreciación del aceite español no se hizo esperar y con ella la desaceleración de las exportaciones. En efecto, los precios del caldo hispano se redujeron en un 18 por ciento como media, siendo más intensa la depreciación en aquellas regiones cuyas cosechas se destinaban a obtener aceites de escasa calidad. El Cuadro 3 muestra este hecho y, también, el extenso periodo de precios bajos, que refleja la dificultad y lentitud que entra-

12. Zambrana (1993).

13. Zambrana (1985) y Ramon (1997).

CUADRO 3
PRECIOS MEDIOS DEL ACEITE DE OLIVA, 1861-1916. NÚMEROS ÍNDICES
POR SUBPERIODOS Y ZONAS (BASE 100 EN 1880-1896)

	Ao	A	B	C	D
1861-1879	126	123	118	113	117
1880-1896	100	100	100	100	100
1897-1906	106	100	102	104	103
1907-1916	136	122	120	123	117

Ao: Córdoba, Jaén y Sevilla; A: Andalucía; B: Extremadura, Madrid y Castilla-La Mancha; C: Aragón, Cataluña, Comunidad Valenciana, Baleares, Navarra, La Rioja y Álava; D: Galicia, Asturias, Cantabria, Vizcaya, Guipúzcoa y Castilla y León.

Fuente: Zambrana (1985).

ñaba la salida de la crisis. Durante un cuarto de siglo, los valores permanecieron bajos y sin apenas oscilaciones, reflejo de un mercado saturado por la depreciación exterior, el declive de las exportaciones y la menor demanda peninsular.

Las exportaciones redujeron su ritmo alcista con un descenso apreciable de la tasa de crecimiento entre los periodos 1850-1879 y 1880-1896. En estos años aumentaron las exportaciones a Cuba, mercado protegido y reservado, ante la difícil y depreciada salida europea. También fue menor la demanda peninsular. Desde 1860, los aceites minerales impusieron sus ventajas materiales y económicas sin afectar, en exceso, a la producción y consumo del aceite de oliva. No ocurrió igual con los aceites de semillas, que entraban de manera creciente desde 1870, reduciendo los usos del caldo de la aceituna, incluido el alimentario. La importación de aceites vegetales en España pasó de 3.435 toneladas en 1870-1874 a 19.118 en 1890-1894, y una parte de los mismos se destinaba al consumo alimentario, pues una Real Orden de 15 de junio de 1880 permitió la venta de aceite de olivas con el de algodón con tal que el vendedor lo anunciara públicamente.

La crisis no hizo retroceder la superficie de olivar en España, aunque sí frenó la expansión del periodo anterior¹⁴ y redujo la rentabilidad del cultivo. Las respuestas más inmediatas de los olivicultores fueron diversas según regiones. En Andalucía, la calidad de la tierra y la rusticidad del olivar permitieron reducir el número de labores y, por consiguiente, el coste de producción sin que se resintieran en demasía los rendimientos de aceituna por hectárea. Con un abandono parcial, los olivicultores sureños hicieron frente a la depreciación de sus caldos, causa principal de la crisis, y lograron pasar los años difíciles de ésta. Mientras tanto, tomaron conciencia de la necesidad de reformar, sobre todo el proceso de fabricación del aceite, como vía de superar los graves problemas planteados. En

14. Pienso que el aumento de plantíos de algunas provincias entre 1888 y 1900 (Cuadro 1) se debió a la entrada en producción de olivares jóvenes que en la primera de las fechas no fueron considerados superficie productiva y al perfeccionamiento estadístico de los trabajos catastrales.

la meseta sur, los bajos rendimientos no permitieron reducir el número e intensidad de las labores ni el precio de los aceites, por lo que vivieron en el límite de sus posibilidades y muy pendientes de lo que ocurriera en los centros productores andaluces. En el nordeste peninsular, región productora de aceites de mejor calidad, la crisis fue menos intensa, aunque la excelente coyuntura vitivinícola impulsó el arranque de los árboles más marginales.

La lenta modernización de las almazaras, la política comercial protectora y la depreciación de la peseta confluyeron en la década de 1890 para facilitar la salida de la crisis. En los decenios finales de la pasada centuria, la prensa de viga (la más tradicional y antigua) predominaba aún en las almazaras y fábricas de aceite de oliva, pero desde hacía tiempo estaba siendo desplazada por las de husillo y las prensas hidráulicas. Toda nueva instalación de esta época llevaba incorporados los artefactos más modernos y los más adecuados para la zona olivarera de que se tratase. En el último cuarto de siglo existía una clara conciencia de lo nefasto y pernicioso que resultaba para la calidad del aceite el procedimiento seguido y, asimismo, se conocían las mejoras a introducir. Pese al periodo de crisis, se dio una lenta sustitución de material viejo por moderna maquinaria. Hubo provincias que destacaron por sus progresos durante esta época, como fue el caso de Sevilla, Córdoba, Tarragona o Lérida.

Por otro lado, el arancel de 1891 impuso altos derechos a los aceites vegetales susceptibles de usos alimenticios y otros más bajos a los sólidos como el de coco y palma. Es más, por ley de 5 de julio de 1892 se dispuso que al importar aceite de algodón o alguna otra grasa, solos o mezclados con el de oliva, se le inutilizara para el consumo alimenticio. Así, pues, el consumo industrial se dejó a los aceites de semillas y el alimenticio al de oliva. Por último, la depreciación de la peseta impulsó el comercio de exportación y por lo tanto las salidas de aceite de oliva. Un contemporáneo así lo vio en 1902:

«... la depreciación de la moneda nacional y el aumento de la circulación fiduciaria fueron motivo más delante de que el mercader extranjero demandase nuestro aceite como género más corriente y de más fácil salida... Así se explica el bienestar relativo de los seis últimos años. Lo que era origen de un mal nacional, constituyó para la región olivarera medida protectora»¹⁵.

En el mercado mundial se originó la crisis olivarera de finales del siglo XIX y en el mercado mundial encontró el sector olivícola una de las salidas. Mientras tanto, transcurrieron bastantes años durante los cuales se llevaron a cabo importantes cambios en el cultivo del olivo, en la fabricación del aceite y en los mercados exteriores.

15. *El Progreso Agrícola y Pecuario* (1902), 281, p. 114.

España, primer país productor y exportador de aceite de oliva en el mundo. La «edad de oro» del olivar español (1897-1935)

En los últimos años del siglo XIX, se dieron cambios significativos en el desarrollo de la economía oleícola. Por un lado, las exportaciones, ayudadas por la depreciación de la peseta, tendieron al alza y, con ellas, el mercado oleícola recuperó su anterior dinamismo. Por otro, a su vez como consecuencia del primero, se recuperaron plantíos abandonados y se mejoraron las prácticas culturales en el olivo. Paralelamente, empezó a generalizarse la modernización de las almazaras, que daba a los caldos producidos una mayor calidad. Todo contribuyó a romper la ya larga y preocupante atonía del mercado.

El Cuadro 4 cuantifica el desarrollo del olivar en España durante el primer tercio del siglo XX, al tiempo que muestra, sin ambages, el avance de la superficie, el crecimiento de la producción y la mejora de los rendimientos agrícolas e industriales, haciendo de estos años la «edad de oro del olivar español»¹⁶.

La superficie olivarera creció de forma paulatina a lo largo del primer tercio del siglo XX, aunque es posible señalar dos épocas de gran incidencia en la expansión de las plantaciones. La primera tuvo lugar en los últimos años del siglo XIX y primeros del XX, coincidiendo con el final de la crisis agraria finisecular. La segunda época se gestó alrededor del conflicto bélico de 1914 y se consolidó durante la dictadura de Primo de Rivera.

Más de las dos terceras partes de la nueva superficie olivarera se localizaron en sólo tres regiones: Andalucía Oriental, Extremadura y Castilla-La Mancha. La Andalucía del Guadalquivir tuvo un ligero crecimiento, mientras que el resto, unas 200.000 hectáreas, se dispersó por distintas provincias del levante y noreste peninsular. Esta distribución concentró, aún más, la arboleda en la zona centro-sur e hizo perder posiciones al olivar catalano-aragonés.

Junto a la superficie, el rendimiento de aceituna por hectárea fue la variable que más contribuyó al crecimiento de la cosecha de aceite. En apenas veinte años, la productividad por hectárea aumentó el 30 por ciento en el conjunto del olivar español. Sin embargo, el promedio nacional oculta importantes diferencias regionales que, dada la alta concentración olivarera, conviene señalar. Así, los aljarafe andaluces eran los más productivos y progresivos de la arboleda hispana. En el periodo 1901-1912 tuvieron una producción media de 8,1 quintales métricos de aceituna por hectárea, alcanzando los 12,4 entre 1926-1935. Menor avance y más bajo nivel presentaba la producción media conjunta de Extremadura y Castilla-La Mancha, que, de 6,2 pasó a 7,4 quintales métricos en las mismas fechas. Por último, el olivar del levante y noreste español permaneció casi estacionario: de 8,3 retrocedió a 8,2.

16. Esta expresión fue utilizada por Ortega y Cadahia (1957) para el periodo 1913-1933.

CUADRO 4

SUPERFICIE, PRODUCCIÓN Y RENDIMIENTOS AGRÍCOLAS E INDUSTRIALES DEL OLIVAR ESPAÑOL, 1890-1935. MEDIA ARITMÉTICA POR PERIODOS

	S	P	RA	RI
1890-1900	1.235	192		
1901-1912	1.448	195	780	18,8
1913-1925	1.679	298	1.030	18,9
1926-1935	1.921	361	1.010	19,4

S: Superficie, en miles de has; P: Producción de aceite de oliva, en miles de tms; RA: Producción de aceituna por hectárea, en kgs; RI: Producción de aceite de oliva por quintal métrico de aceituna, en kgs.

Fuente: Zambrana (1985).

El aumento de la producción de aceituna por hectárea se debió, sobre todo, a la juventud de los árboles, a la selección de variedades, al nuevo sistema y marco de plantación y a la mejora de la labranza. Las plantas jóvenes, una vez en producción, aumentaron las cosechas y redujeron las oscilaciones de la vecería olivarera. En la variedad de árboles se tendió a uniformizar el olivo español, adecuando las variedades a las respectivas zonas y ampliando el cultivo de plantaciones univarietales. Así, algunos tipos de árboles se extendieron más que otros durante el primer tercio del siglo XX. Fue el caso de la variedad *hojiblanca* en Córdoba, Sevilla y algunas comarcas de Málaga, la *picual* en Jaén y la *empeltre* y *arbequina* en el núcleo catalano-aragonés. Asimismo, la plantación por *estacas* cedió a la de por *garrotes*, que daba mayor fuerza y vigor al nuevo árbol, al tiempo que se intensificó el marco de plantación. También, se puede afirmar que, desde finales del siglo XIX, se generalizaron las labores de *alzar*, *binar* y *terciar*, las limpias anuales y las talas cada tres años. Por último, la creación de varias escuelas de olivicultura (Hellín, 1910; Tortosa, 1911 y Lucena, 1912) ayudó a mejorar la lucha contra las plagas y enfermedades del olivo.

El rendimiento de aceite por aceituna molturada apenas creció a lo largo del primer tercio del siglo XX, dando a entender que, desde antiguo, se procuró obtener abundante líquido. Sin embargo, tal trayectoria oculta notables transformaciones en el proceso de fabricación, que mejoraron la calidad de nuestro producto. Éstas afectaron a las operaciones de depósito, molturación y prensado del fruto y a la clarificación final del caldo. Las más importantes fueron, sin duda, las de molturación y prensado de la oliva.

La molienda o trituración de la aceituna registró cambios desde mediados del siglo XIX. Las innovaciones consistieron en la sustitución de la antigua muela cilíndrica vertical por los rulos tronco-cónicos, que terminaron siendo movidos por la electricidad. Más importancia tuvo la sustitución de las antiguas prensas de viga, torre o husillo por las de fuerza hidráulica con mayor potencia, rapidez, capacidad y economía de tiempo en el trabajo.

CUADRO 5
PRODUCCIÓN MUNDIAL DE ACEITE DE OLIVA, 1901-1935.(MILES DE TMS).
MEDIA ARITMÉTICA POR QUINQUENIOS

	Italia	España	Francia	Argelia	Túnez	Grecia	Total
1901-1905	245	206	22	28	24		519
1911-1915	154	233	13	31	25		486
1921-1925	258	305	10	27	26	69	761
1931-1935	220	349	6	15	52	111	863

Fuente: Zambrana (1987).

Llegado el decenio de 1930, el cambio de prensas se había extendido por las grandes zonas olivareras y se encontraba muy avanzada por las áreas menos productoras. La innovación había sido bastante completa en las provincias andaluzas, sobre todo en Sevilla y Córdoba; algo menos en la zona centro y muy dispersa en el noreste peninsular, aunque los principales centros productores habían generalizado, por aquel entonces, tales medios mecánicos¹⁷.

En definitiva, a lo largo de las primeras décadas del siglo XX, el cultivo se desplazó lentamente al área centro-sur peninsular, acentuando así la distribución olivarera de la segunda mitad del siglo XIX. Los aceites catalano-aragoneses dejaron de obtener el sobreprecio de antaño, mientras que los andaluces alcanzaban un mínimo de calidad y se dedicaron, ayudados por los adelantos técnicos, al consumo alimenticio.

En conjunto, pues, se dio un gran avance de la superficie y una moderada subida de los rendimientos, junto a una clara mejora del producto. En términos cuantitativos, la disponibilidad de aceite por habitante pasó de 12 litros, en 1900, a 18, en el quinquenio 1926-1930; es decir, un alza del 50 por ciento.

La producción española ocupó, entonces, el primer lugar en la cosecha mundial, tras superar a Italia, su más directa competidora.

Hasta la década de 1890, Italia fue el primer productor de aceite de oliva y, desde luego, no tuvo rival en la exportación de esta materia. A partir de dicha década compartió su liderazgo con la cosecha española, a la que cedió la primacía en el decenio de 1910. El retroceso italiano se debió a la crisis olivarera de finales de siglo, a los precios más bajos del aceite español y a la masiva oferta de semillas oleaginosas, que facilitaron la adopción de una política comercial basada en la existencia de zonas francas para la importación y, después, en las admisiones temporales de aceite de oliva. El resultado fue una concurrencia múltiple en el mercado italiano de los aceites vegetales y un estancamiento de la producción oleícola autóctona, que no se recuperó hasta bien entrada la década de 1920.

Francia, desde finales del siglo XIX, redujo la superficie de olivar y la de plan-

17. Nadal (1987) y Parejo y Zambrana (1994).

tas oleaginosas basando su abastecimiento y exportación en la compra de granos oleosos y aceites vegetales, entre ellos el de oliva. La producción autóctona era ya reducida en los años finiseculares y llegó a ser insignificante en la década de 1930. Esta intensa reducción (la producción propia pasó de suponer un 35,9 por 100 de la disponibilidad de aceites vegetales en 1887-1889 a un 3,1 por cien en 1930-1939) lo fue por el descenso en cada una de sus producciones. Túnez amplió la superficie de olivar durante las primeras décadas del siglo XX y aumentó la producción en el decenio de 1926-1935. Otro tanto se produjo en Grecia, donde la cosecha oleícola creció impulsada, tal vez, por las mejoras introducidas en la extracción del caldo y el aumento de las exportaciones. Por último, Argelia presentó una trayectoria diferente a los dos países anteriores. Hasta la Primera Guerra Mundial mantuvo la producción, retrocediendo en la década de 1920.

La supremacía del aceite español en la producción mundial facilitó el liderazgo en el comercio de exportación, aunque una parte importante de las ventas hispanas eran graneles dirigidos a puertos italianos. A finales del siglo XIX, se produjo una nueva expansión del comercio internacional del aceite, muy ligada al ámbito alimenticio de algunos mercados mediterráneos (Francia e Italia) y a la nueva demanda americana (Estados Unidos y Argentina), relacionada con la emigración del Sur de Europa¹⁸. España participó activamente en esta expansión, ganó cuota en el mercado mundial y cambió el destino de sus exportaciones¹⁹.

Entre los nuevos compradores del aceite español destacaba Italia. Este país empezó a importar el caldo hispano en el quinquenio 1885-1889, pero sólo a partir de 1895-1899 sus compras alcanzaron cierta entidad. Antes, los precios italianos eran inferiores a los españoles por lo que no se daba dicha corriente comercial. A finales de siglo, la baja de los valores españoles en el mercado internacional, acompañada por una mayor calidad del producto, propició un cambio en la política de grasas del vecino país. Como ya he escrito, los italianos optaron por reducir la cosecha y aumentar las importaciones con el fin de mantener su activo comercio. Desde entonces, grandes cantidades de caldo español (un 20 por ciento sobre el total) se dirigieron a los puertos italianos, donde se adecuaban para la exportación²⁰. Igual ocurría con los de otras procedencias. De esta forma, Italia mantuvo la primacía en el comercio oleícola.

18. Ramon (1997).

19. Zambrana (1987) y Ramon (1997).

20. Este hecho originó frecuentes y numerosas críticas de los comerciantes hispanos, que tenían grandes dificultades para introducirse en mercados dominados por sus más directos competidores: los italianos. Tras la Primera Guerra Mundial surgió una agria polémica entre los exportadores-marquistas y el sector de la producción oleícola. Los primeros pidieron al gobierno la prohibición o la puesta en vigor de fuertes gravámenes a la libre salida de aceite a granel, mientras que los segundos defendían la libertad del comercio. Se trataba, en suma, de romper la tradicional corriente con Francia e Italia e impedir la recuperación exportadora de aquellas naciones. Sin embargo, los intereses de los propietarios olivereros prevalecieron sobre las peticiones de los comerciantes que, de nuevo, una vez finalizado el conflicto bélico, perdieron la primacía conquistada durante el mismo. El resultado fue el mantenimiento de la libre exportación y el aumento, incluso, del volumen vendido a Italia.

En este periodo, España aumentó su participación en el comercio de marcas registradas y pequeños envases. En 1926-1935, un tercio de las exportaciones se realizaba en latas (menos de 4 kgs.) con unos destinos preferentes: Cuba, EE.UU. y Argentina²¹. Pese a ello, España no tenía una posición dominante en los dos últimos países, donde los aceites franceses y, sobre todo, italianos tenían una clara superioridad. Además de los flujos migratorios, Ramon (1997) ha escrito, recientemente, que la disponibilidad de una tecnología básica, la obtención de un producto regular y constante, el conocimiento de los mercados (experiencia comercial) y una cierta capacidad financiera son elementos necesarios para disponer de ventajas respecto de los competidores²². La emigración española fue menor y más tardía que la italiana, su experiencia comercial más reducida y la política estatal no favoreció a los intereses de los exportadores-marquistas. Además, el antiguo objetivo de fabricar cuanto más mejor no se tornó, durante el primer tercio del siglo XX, en obsesión por el acabamiento del producto. El aumento de la producción de aceituna por hectárea y la modernización de las almazaras fueron contrarrestados por una ampliación excesiva de la superficie olivarera, que tendió a ocupar tierras marginales, y una insuficiente capacidad de molturación ante el incremento de las cosechas.

En consecuencia, la caída de precios internacionales de finales de la década de 1920 y las dificultades en la exportación hicieron ver que los rendimientos del olivar español eran inferiores a los de Italia y similares a los de Grecia y Túnez, la calidad de sus caldos no le proporcionaba ventajas sobre sus competidores y la rentabilidad del cultivo se vio reducida, también, por el alza de los salarios²³. En 1926, el gobierno español, a instancias de los olivicultores, prohibió la entrada de semillas con destinos alimentarios y en 1933 limitó las compras de otros granos para usos industriales. Estas medidas no evitaron el declive de los precios y la formación de grandes stocks sin vender. En vísperas de la Guerra Civil de 1936, algunos señalaron que sólo la mejora de los rendimientos y, sobre todo, la obtención de aceites de más calidad permitirían la recuperación de los precios y de la rentabilidad del cultivo²⁴. Esta última se obtuvo, sin embargo, con rendimientos más bajos y aceites de peor calidad. La política autárquica del primer franquismo frenó el alza de los salarios y favoreció la constitución de un mercado negro del aceite de oliva, que procuró grandes beneficios a los propietarios de olivares.

21. Recientemente, Ramon (1997) ha estudiado la estructura del comercio mundial del aceite de oliva y ha mostrado la posición española: «en Cuba era abrumadora; en Italia y Francia claramente mayoritaria; en Inglaterra y Uruguay comparable a la de sus contrincantes; en Argentina y EE.UU. muy inferior a ellos; por último, en los mercados de la Europa central y oriental prácticamente inexistente».

22. Ramon (1997) y (2000).

23. Naredo (1983).

24. Ruiz Almansa (1934).

Intervención y racionamiento: la política oleícola del primer franquismo (1939-1959)

Los años de 1940 y primeros cincuenta constituyeron una peculiar coyuntura en la historia de España. En los cuarenta, el aislamiento exterior afectó a los intercambios con otros países y, en consecuencia, a los flujos comerciales del aceite de oliva y demás grasas vegetales y/o animales. España importaba grasas industriales y exportaba aceite de oliva. Disminuidos ambos tráficos, y ante la previsible escasez, se decretó una política de intervención y racionamiento. En los cincuenta, el creciente éxodo rural aceleró el fin de la agricultura tradicional, sin que la incipiente mecanización y modernización agraria beneficiara al cultivo del olivar, cuya principal producción, el aceite, se vio perjudicada por las importaciones de aceite de soja y las primeras medidas de protección al consumo.

Entre 1940 y 1959, la superficie de olivar en España creció en 223.445 hectáreas, que resultaron de dos movimientos contrapuestos: ocupación de nuevos terrenos (296.027 has) y arranque y/o abandono (72.582 has). Estas trayectorias tuvieron la peculiaridad de que la primera se concentró básicamente en el centro-sur peninsular y la segunda (arranque y/o abandono) en el nordeste. En consecuencia, aumentó la concentración del olivo en el centro-sur peninsular. Aunque se tendió a potenciar el cultivo único de secano y, en algunas comarcas, a aumentar el número de árboles por hectárea, a seleccionar variedades y renovar el vuelo de muchos olivos, en general se puede afirmar que la nueva arboleda ocupó terrenos cada vez más marginales con influencia negativa en los rendimientos medios²⁵.

La caída de dichos rendimientos fue, según las cifras oficiales, la principal responsable del retroceso de la producción de aceite. Pese al carácter rústico del olivo, la falta de abonos, la escasez de animales y la difícil provisión de componentes fitosanitarios incidieron en la reducción de la cosecha de aceituna por hectárea. Además, en los cincuenta, el final del mercado negro, las importaciones de aceite de soja, las dificultades para la libre exportación del de oliva y los incrementos salariales disminuyeron los ingresos de las explotaciones, que abandonaron y/o redujeron ciertas labores tradicionales (cava de pies, tala, poda, etc.). Por último, cabe señalar que la sustitución de la tracción animal por la mecánica no mejoró la calidad de las labores al tiempo que redujo la disponibilidad de estiércol y con ella la capa de humus, que aseguraba longevidad y resistencia a los árboles²⁶. La producción de aceituna por hectárea no recuperó el nivel productivo anterior a la guerra civil española hasta la década de 1970.

25. Inventarios Agronómicos del olivar de Sevilla (1975), Jaén (1975), Córdoba (1974), Granada (1976) y Málaga (1976). También Bosque (1955) y Naredo (1983).

26. Naredo (1983).

CUADRO 6

SUPERFICIE, PRODUCCIÓN Y RENDIMIENTOS AGRÍCOLAS E INDUSTRIALES
DEL OLIVAR ESPAÑOL, 1941-1989. NÚMEROS ÍNDICES POR DECENIOS Y ZONAS.
(BASE 100 EN 1931-1935)

		1940-49	1950-59	1960-69	1970-79	1980-89
	Noreste	97	96	93	74	65
S	Centro-Sur	107	115	123	125	124
	España	104	110	115	111	108
	Noreste	72	65	72	84	81
RA	Centro-Sur	88	89	90	107	131
	España	86	86	89	107	130
	Noreste	107	108	112	107	108
RI	Centro-Sur	107	105	105	105	109
	España	107	105	105	105	108
	Noreste	76	68	74	66	57
P	Centro-Sur	98	105	114	131	163
	España	93	98	106	117	140

S: Superficie; RA: Producción de aceituna por hectárea; RI: Producción de aceite por aceituna; P: Producción de aceite de oliva.

Fuente: Elaboración propia a partir de los *Anuarios estadísticos de la producción agrícola y Anuarios de estadística agraria*.

El aumento de los rendimientos de aceite por aceituna molturada fue general a todas las zonas del país y se produjo, principalmente, en los años cuarenta cuando se apreciaba la cantidad sobre la calidad. En estos años no interesaba producir buenos aceites, sino producir mucho y deprisa, pues para los malos aceites había un mercado seguro, que tenía poco en cuenta la calidad.

En los años de la autarquía, la caída de las importaciones de semillas y otras grasas convirtió al olivar en el único oferente de aceites comestibles e industriales del país. En torno al mismo se originó el ciclo industrial completo del aceite de oliva, consistente en almazaras, orujeras, refinerías, jabonerías, desdobladoras, destilerías de glicerina, hidrogenadoras y margarinerías. Las nuevas industrias surgieron ligadas a las peculiaridades de la coyuntura y las más tradicionales se adaptaron a la misma. Así, por un lado, cabe señalar que la necesidad de glicerina para la obtención de explosivos hizo obligatorio el desdoblamiento de los aceites de orujo, con lo que las jabonerías habían de trabajar con ácidos grasos. Por otro, el escaso comercio exterior y la mínima exigencia del mercado interior redujeron notablemente el trabajo de las refinerías. En fin, la obtención de aceites sólidos (hidrogenadoras y margarinerías) nació bastante vinculada al caldo de la aceituna. La autarquía propició, pues, el surgimiento de un entramado industrial en torno al aceite de oliva, que empezó a desmoronarse en los primeros cincuenta, apenas se iniciaron las importaciones de algunos caldos, se normalizó el abastecimiento de explosivos y aumentaron las exportaciones. Entonces, muchos

señalaron la sobrecapacidad de producción del sector, cuando no la necesidad de su desaparición.

En los años cuarenta y a principio de los cincuenta, el número de molinos alcanzaba la cifra de 15.000, y la proporción de prensas no hidráulicas era todavía alta, 45 por ciento para el conjunto de España, aunque dicho porcentaje se reducía al 17 en el caso de Andalucía por un 66 en las regiones del noreste. En estos años se consolidó la supremacía andaluza. También, durante este periodo, caracterizado por la escasez, intervención, racionamiento y mínima exigencia del mercado, las almazaras españolas interrumpieron el proceso de modernización, que consistía en la completa generalización de las prensas hidráulicas accionadas mecánicamente, en mejorar el procedimiento clásico de extracción e incorporar nuevos avances, como las prensas continuas o la centrifugación de los aceites. En efecto, la prensa hidráulica accionada mediante electricidad apenas superaba el 30 por ciento de las prensas en el total de España y sólo un 36 por ciento en Andalucía. Asimismo, en estos años no se introdujeron innovaciones en el procedimiento de elaboración ni tampoco sustanciales mejoras en el sistema clásico. Los separadores centrífugos apenas se habían instalado y se echaba en falta la existencia de prensas hidráulicas con perfeccionamientos de tipo constructivo, que dieran un reparto más homogéneo de presiones, consiguieran mayores agotamientos y facilitaran las operaciones de carga y descarga. En consecuencia, no aumentó la capacidad de molienda y la dependencia de Italia en el campo científico-técnico fue mayor que en épocas pasadas.

A partir de 1953, empezó a reducirse el número de molinos por la creación de almazaras cooperativas, que llevaron a cabo una importante sustitución y renovación del utillaje que terminó por afectar a más de las dos terceras partes de las instalaciones. En los años cincuenta y primeros sesenta se constituyeron casi la mitad de las sociedades cooperativas andaluzas, integradas por pequeños y medianos propietarios que buscaban un incremento del precio de la aceituna²⁷.

En cuanto a la producción de aceite, el hecho más destacable fue la lenta y tardía recuperación de las cosechas tras el final de la Guerra Civil, pese a la muy escasa repercusión de la contienda militar sobre los plantíos. Este hecho se debe, como ya he señalado, al declive y estancamiento de la producción de aceituna por hectárea. La trayectoria nacional oculta evoluciones bien distintas. El intenso y prolongado declive del noreste peninsular contrastó con la caída más pequeña y la recuperación más temprana de las producciones del centro-sur peninsular.

En resumen, el breve análisis sobre la evolución de la superficie de olivar y producción de aceite de oliva muestra cuatro hechos. Primero, la Guerra Civil de

27. Mozas (1999) y López (1982).

CUADRO 7
EXPORTACIÓN DE ACEITE DE OLIVA ESPAÑOL, 1941-1955. (MILES DE TMS).
MEDIA ARITMÉTICA POR QUINQUENIOS

	(1)	(2)	(3)
1931-1935	62,9	41,4	65,8
1941-1945	16,3	15,6	95,7
1946-1950	26,0	22,6	86,9
1951-1955	25,4	15,4	60,6

(1): Total. (2): Bidones. (3): (2)/(1)*100.

Fuente: Zambrana (1999).

1936-1939 tuvo poca repercusión en la trayectoria de las cosechas, ya que ni en los años del conflicto se produjo una disminución apreciable respecto del periodo anterior a 1936²⁸. Segundo, en las décadas de 1940 y 1950 continuó el proceso de concentración territorial del olivo en España; las provincias andaluzas de Córdoba, Sevilla, Málaga, Granada y, en especial, Jaén terminaron por configurarse como el gran centro productor. Tercero, la caída de los rendimientos y/o su estancamiento posterior se vio compensada por el avance de los plantíos y el alza de los rendimientos industriales. Por último, la cantidad prevaleció sobre la calidad, lo cual estuvo relacionado con el aislamiento exterior y la falta de grasas industriales.

El aislamiento exterior fue una situación definitoria del primer franquismo, que afectó sobremedida a los intercambios con otros países. Tradicionalmente, España exportaba aceite de oliva e importaba aceites y grasas industriales de origen vegetal y animal. Tales flujos se redujeron de forma apreciable, aunque no desaparecieron. El Cuadro 7 sintetiza la exportación de aceite de oliva y muestra algunos rasgos de la nueva situación. Las exportaciones cayeron intensamente y en 1951-1955 estaban aún lejos del nivel anterior a la Guerra Civil. La caída afectó, sobre todo, a las ventas marquistas, a las del pequeño envase (cajas o latas). De nuevo, los comerciantes exportadores se habrían de encontrar con unos mercados ocupados por aceites y marcas de otras procedencias.

Las importaciones de semillas y aceites vegetales se redujeron drásticamente, aunque no desaparecieron. Antes de la guerra, se importaba una media anual de 32.000 Tms., aproximadamente, a las que habían de sumarse otras tantas de sebos y algunas partidas sin especificar. Tras la guerra, muchas partidas dejaron de importarse y otras se mantuvieron en cantidades reducidas. El Cuadro 8 compara las importaciones medias del trienio 1933-1935 con las del periodo de 1941 a 1945. Los números muestran el previsible déficit de grasas industriales.

28. Arespacochaga (1955)

CUADRO 8
IMPORTACIONES DE ACEITES VEGETALES Y OTRAS GRASAS, 1933-1945.
(MILES DE TMS). MEDIA ARITMÉTICA POR PERIODOS

	(1)	(2)	(3)	(4)	(5)
1933-1935	25,2	6,5	2,0	14,7	48,4
1941-1945	6,1	3,0	1,0		10,2

(1): Copra o nuez de coco; (2): Lino; (3): Palma; (4): Otros; (5): Total

Fuente: Zambrana (1999).

En definitiva, la década de 1940 fue un periodo de intervención y racionamiento del aceite de oliva. El aislamiento exterior redujo de manera sensible los intercambios comerciales y entre ellos el del aceite de oliva y otras grasas vegetales y/o animales. Con dicha reducción, el olivo se convirtió en el único oferente de aceites vegetales en nuestro país. Por ello, se desarrolló el ciclo industrial completo del aceite de oliva y se llegó al racionamiento, que favoreció el «mercado negro». Pese a la caída de los rendimientos, el retroceso de la producción y el inmovilismo tecnológico, el olivar fue bastante rentable, una rentabilidad propiciada por los bajos salarios y los ingresos extraordinarios del «estraperlo».

La década de 1950 se inició con el final del racionamiento (1951), que no de la intervención del mercado. Los años cincuenta fueron testigos de la recuperación de las exportaciones y con ella de la necesidad de renovar profundamente el equipamiento industrial de las almazaras. La tímida apertura exterior mostró la inviabilidad del ciclo industrial del aceite de oliva y su rápido declive. En estos años comenzaron las compras de aceite de soja norteamericano y el índice de salarios creció más rápidamente que los precios del aceite²⁹. Aun cuando el cultivo seguía siendo rentable, en los últimos cincuenta empezó a dibujarse una situación parecida a la de 1930, agravada por una política de importación de aceites comestibles, por la pérdida de los mercados exteriores trabajosamente ganados durante el primer tercio del siglo XX y por el encarecimiento de la mano de obra. Una vez más, el rendimiento de los olivares y la calidad de los aceites se convertían en las bases de la prosperidad.

El crecimiento económico español, la crisis del olivar tradicional y la recuperación de los años ochenta (1959-1986)

En 1959, el Plan de Estabilización constituyó el punto de arranque del intenso y rápido crecimiento económico español de los sesenta y primeros setenta, caracterizado por una amplia y extensa industrialización, que requirió el esfuerzo y la contribución de diversos sectores productivos, entre ellos el de la agricul-

29. Tió (1981).

tura. El éxodo rural, el trasvase de capital y una decidida política de apoyo al consumo fueron, entre otros, elementos configuradores de la crisis de la agricultura tradicional y del cambio económico español de este periodo.

Para el olivar español, los decenios de 1960 y 1970 constituyeron un periodo negativo en el que confluyeron el alza de los salarios, la difícil adaptación del cultivo a la moderna agricultura, el incremento de los gastos fuera del sector y la política de apoyo al consumo que inundó de aceites comestibles el mercado interior español al tiempo que limitaba la libre exportación de aceite de oliva. Me referiré a estos hechos antes de describir el comportamiento y trayectoria de las principales variables de la economía oleícola.

En la década de 1950 se promulgaron las primeras medidas favorecedoras de un abastecimiento amplio y barato de aceites comestibles en España. Primero, tras los acuerdos con Estados Unidos, comenzaron las importaciones de aceite de soja, que alcanzaron un promedio de 142.000 toneladas en los años de 1955 a 1962. Segundo, a través de diversa y a veces confusa legislación, se favoreció la política de mezclas con aceites de orujos o de semillas, nacionales y extranjeros. En algunos años, la propia Comisaría de Abastecimientos y Transportes (CAT), organismo regulador del comercio interior, ostentó la exclusividad de tales mezclas o concedió su autorización a los almacenistas. Tercero, la exportación de aceite de oliva estuvo sometida a un régimen de contingentes por la CAT: los exportadores necesitaban licencias de exportación, que eran expedidas según las necesidades del mercado interior. Cuarto, se promulgaron medidas tendentes a mejorar la productividad del olivar e impulsar los cultivos de semillas oleaginosas en España, que a decir verdad no pasaron del simple voluntarismo. Quinto, y último, en 1959 se liberalizaron las importaciones de grasas animales, en bruto, y las de copra, palmito y babasú, con el objeto de atender la demanda de aceites industriales³⁰.

Las anteriores medidas continuaron e, incluso, se intensificaron en el decenio de 1960, en el que destacan tres hechos. Primero, la sustitución de las importaciones de aceite de soja por el haba o semilla de soja para cubrir las necesidades de piensos de la ganadería española. El fuerte e inesperado incremento de la demanda de huevos, carne (blanca) y leche exigió un rápido desarrollo de la ganadería española, que recurrió, para su alimentación, a materias primas foráneas, principalmente de haba de soja, cuya transformación en el interior del país, además de generar todo un entramado industrial de la soja, producía dos subproductos: aceite y tortas. La sustitución fue rápida: en 1963 se importaron 15.000 toneladas de haba; en 1964, 56.000 y en 1965, 340.000 Tms. En 1980, la cantidad llegó a ser de 3.200.000 toneladas. En 1977, España llegó a exportar 134.000 Tms. de aceite de soja. El sector oleícola asumió, de esta manera, un papel subordinado y dependiente respecto al desarrollo de la producción de carne en un con-

30. Tió (1981) y Roux (1988).

texto de sometimiento general de la agricultura al crecimiento industrial de los sesenta y setenta³¹. En segundo lugar, la exportación de aceite de oliva continuó sometida a una política contradictoria a lo largo de la década, en la que se entrecruzaban medidas de apoyo con medidas claramente restrictivas, que resultó negativa para el comercio de marcas registradas del aceite de oliva español³². Y el tercer hecho a destacar es que, a partir de 1966, se apoyó la expansión del cultivo de semillas oleaginosas en España, que tuvo un gran éxito en el caso del girasol. En apenas diez años, la superficie sembrada de girasol estuvo próxima a un millón de hectáreas³³. Así, en los primeros setenta, el mercado español era excedentario en aceites vegetales comestibles cuando varios años antes existía un déficit acusado de grasas. Pero no todos los problemas provinieron de la política oleícola. El alza de los salarios y la difícil adaptación del cultivo a la nueva agricultura también contribuyeron a la crisis olivarera de los setenta.

El incremento de los salarios, puntual en los cincuenta (1953, 1957), constante a partir de 1964, y la caída de los rendimientos de la mano de obra (jornada laboral de 8 horas, descanso dominical, etc.) explican, en buena medida, el abandono o la pérdida de intensidad de ciertas labores tradicionales y la mecanización del cultivo. La desaparición de la cava redujo los aportes de nitrógeno atmosférico al suelo de los olivares y la mecanización, al tiempo de que no mejoraba el cultivo, hizo disminuir el estercolado, básico para la ampliación y revitalización de la capa de humus de los olivares³⁴. En consecuencia, fueron necesarios los tratamientos con insecticidas y anticriptogámicos, que aumentaron los gastos fuera del sector y no incrementaron, a corto plazo, la producción de aceituna por hectárea. Además, el alza de los salarios acentuó la pérdida de rentabilidad del cultivo al no recogerse la aceituna en los años de malas cosechas.

En resumen, la política de apoyo al consumo, las continuas restricciones a la exportación y el incremento de los costes de explotación constituyeron los elementos básicos de la crisis olivarera de este periodo. Una crisis caracterizada, sobre todo, por el arranque y/o abandono de 350.000 hectáreas, que no fueron más por la falta de cultivos alternativos y el «grado de resistencia» (autoexplotación) de las pequeñas explotaciones³⁵. Además, por estos años aumentó el aprovechamiento de la aceituna de mesa como respuesta a los bajos precios del aceite de oliva.

Pese a todo, en la década de los setenta y primeros ochenta, se produjeron una importante recuperación de la producción de aceituna por hectárea, que aumentó el volumen de las cosechas, una profunda renovación del equipo industrial de las almazaras, que mejoró la calidad de los aceites, y un aumento y mayor regulari-

31. Tió (1981).

32. Sindicato Nacional del Olivo (1973).

33. Roux (1988).

34. Naredo (1983).

35. Bote (1978).

dad de las exportaciones, que le hizo ganar cuota de mercado en el comercio mundial de aceite de oliva.

La recuperación de los rendimientos agrícolas en la década de los setenta y primeros ochenta estuvo relacionada con el retroceso de la superficie olivarera, la entrada en vigor del Plan de Reconversión y Reestructuración del Olivar y el desarrollo del cultivo intensivo moderno.

Ya he hablado sobre el arranque y abandono de olivos en los años setenta y ochenta, que afectó a muchas provincias en las que la arboleda era, por aquel entonces, poco productiva.

Por otro lado, en 1972, entró en vigor el Plan de Reconversión y Reestructuración del Olivar, que atribuía la crisis de este cultivo a la elevada competitividad de otras grasas y aceites comestibles y a la presión de los costes salariales. En dicho Plan, el Ministerio de Agricultura clasificó el olivar español en tres categorías atendiendo a sus rendimientos: un 17 por ciento con buenos rendimientos, que no hacía falta arrancar ni mejorar; un 28 por ciento con problemas, pero recuperable, y un 55 por ciento (1.200.000 has.) «marginal e irrecuperable», proponiéndose su reconversión hacia otros aprovechamientos.

El Plan tuvo una vida muy corta y una actuación, también, muy limitada. Cinco años más tarde, en 1977, decayó la importancia de las actuaciones públicas tanto en cantidades presupuestadas como en superficies afectadas.

Las acciones sobre el olivar marginal afectaron sólo a 46.700 hectáreas (3,8 por ciento de la superficie marginal). El 91 por ciento de esta superficie (42.497 has) fue arrancada, principalmente en la provincia de Sevilla (28.020 has). Las mejoras permanentes sólo afectaron a 65.500 hectáreas: un 86 por ciento fueron olivares en plantaciones intensivas o con aumento de densidad del arbolado, acciones centradas, principalmente, en el Sur peninsular (Jaén, Córdoba, Granada y Sevilla). Por último, 126.500 has. fueron despedregadas, subsoladas o puestas en regadío. En definitiva, de 1972 a 1979, 247.777 has. se vieron afectadas por el Plan de Reestructuración y Reconversión del Olivar.

También cabe señalar que, al margen de las actuaciones y ayudas oficiales, muchos olivareros tendieron, en los setenta y ochenta, a intensificar el cultivo. Una intensificación consistente, sobre todo, en aumentar el número de árboles por hectárea, en plantar árboles más precoces, más productivos y más pequeños, que proporcionarían, en un futuro inmediato, ventajas y ahorros en la recolección, poda y cava si la hubiere. Además, por esta época, el cultivo del olivo incorporó masivamente nuevos nutrientes, agua y productos fitosanitarios «que suplieron las limitaciones del entorno físico, aunque desarrollaron una labranza altamente dependiente de la aplicación de medios químicos derivados de los combustibles fósiles o de otras materias renovables»³⁶.

36. Naredo (1983).

La producción de aceite por aceituna molturada no tuvo cambios significativos hasta finales de los setenta, cuando el aumento del precio de la mano de obra y la gran antigüedad de los equipos industriales indujeron el cambio de maquinaria y sistema. España empezó, entonces, a incorporar el sistema continuo de centrifugación y, en apenas unos años, una gran parte de la cosecha (60 por ciento) era molturada por el nuevo sistema, que permitió el aumento de la dimensión industrial³⁷. Según un estudio de la Dirección General de Industrias Agrarias sobre *El sector de extracción de aceite de Oliva* (1979), el retraso español en incorporar la nueva tecnología se debió, en buena medida, a que los gastos de mantenimiento, inputs energéticos y costes de las previsiones para la renovación eran mayores en los nuevos sistemas de extracción que en los clásicos, además de que la mayor humedad de los orujos de los nuevos reducía el ingreso por este subproducto, que en el sistema clásico cubría los gastos de extracción³⁸.

Pese a las restricciones de algunos años a la libre exportación de aceite de oliva, las salidas al exterior de este producto recuperaron pronto el volumen comercializado anterior a la Guerra Civil y lo superaron, con creces, en los decenios de los setenta y ochenta. El Cuadro 9 muestra, a las claras, el fuerte empuje de las exportaciones (1960-1979) y el retroceso de los primeros ochenta, probablemente ocasionado por el fraude y envenenamiento del aceite de colza. Tales cifras dieron a España el liderazgo exportador, aunque una parte importante de sus ventas tenía como destino las aduanas italianas. Nuevamente, igual que en el primer tercio del siglo XX, el auge productivo y exportador del aceite hispano se correspondió con un estancamiento de la cosecha italiana y un importante crecimiento de sus exportaciones. Según Rocchi, Italia estancó su producción a partir de mediados de los setenta, mientras que expandía de forma considerable las ventas exteriores del aceite de oliva. El vecino país asumía, de esta manera, el doble papel de *gran consumidor* de aceites de calidad, que importaba principalmente de España y Grecia, y de *gran transformador* (refinador) de aceites puros, nacionales y foráneos, que destinaba a la exportación³⁹.

En resumen, tras 1959, el sector olivarero español recuperó la producción y el comercio anterior a la Guerra Civil, sorteó el difícil tránsito del cultivo tradicional al cultivo intensivo moderno, expandió el cooperativismo, terminó por modernizar el equipamiento industrial, pero no supo o no pudo «sacar ventaja» en la comercialización del producto. Como antaño, Italia era nuestro principal comprador y competidor en los mercados exteriores. La comercialización fue y sigue siendo la gran asignatura pendiente del sector.

37. Martínez (1980).

38. Ministerio de Agricultura. Dirección General de Industrias Agrarias (1979).

39. Rocchi (1993).

CUADRO 9
EXPORTACIÓN DE ACEITE DE OLIVA ESPAÑOL, 1926-1987. (MILES DE TMS).
PROMEDIOS DECENALES

1926-1935	74,2
1940-1949	17,9
1950-1959	30,2
1960-1969	86,6
1970-1979	111,6
1980-1989	94,1

Fuentes: Zambrana (1987); Sindicato Vertical del Olivo (1950); Tió (1981) y *Estadísticas del Comercio Exterior de España* (1980-1987).

A modo de epílogo

Las páginas anteriores han mostrado algunas características de los distintos periodos por los que ha pasado el sector oleícola español en los siglos XIX y XX. En unos casos, la coyuntura fue propicia para la expansión del cultivo y la obtención de elevados ingresos. En otros, los olivicultores vieron caer la rentabilidad de sus explotaciones e, incluso, llegaron al arranque de numerosa arboleda. Y siempre la trayectoria de las exportaciones y la competencia de otros aceites vegetales condicionaron, de manera notable, su desarrollo.

En conjunto, en una perspectiva histórica, los olivareros hispanos han expandido la superficie productiva, concentrándola en el centro-sur peninsular, han intensificado los marcos de plantación, han seleccionado las variedades, han mejorado la labranza, han obtenido aceites de mayor calidad y, más recientemente, han envasado y distribuido una parte importante de la cosecha. Los industriales-comerciantes, a su vez, se preocuparon por preparar y adecuar el producto a las exigencias del consumo, buscaron nuevos mercados y compitieron, a veces con éxito, en los mercados exteriores con aceites de otras procedencias.

Para unos y otros, la política oleícola no siempre resultó beneficiosa. Durante un largo periodo de tiempo, dicha política protegió la producción y con ella los intereses de los propietarios de olivares, dificultando la formación de un entramado industrial oleaginoso en nuestro país. Más tarde, apoyó el consumo de los aceites vegetales y olvidó, en exceso, las peculiaridades y bondades del aceite de oliva, poniendo en graves dificultades al sector olivarero, que encontró «salida» en la entrada de España en la Comunidad Económica Europea.

Una salida, largamente protegida, que puede terminar por reproducir viejas situaciones del olivar español: expansión del cultivo, caída de los rendimientos medios unitarios, abundantes cosechas, dificultades en la colocación y venta del producto, predominio de las exportaciones a granel, deterioro en los beneficios.

En definitiva, esta rápida y sintética mirada al pasado del olivar español muestra su porvenir: árboles productivos, aceites de calidad y una apuesta decidida por la comercialización (interna y exterior) de las marcas hispanas. Ahora, cuando las ayudas son abundantes es una buena época para asegurar el futuro del sector.

BIBLIOGRAFÍA

- ARESPACOCCHAGA, J. (1955), «Consideraciones sobre el momento actual de la economía oleícola», *El aceite en España*, Madrid, Ministerio de Comercio, pp. 3-12.
- BOSQUE MAUREL, J. (1955), *Geografía económica de España*, Barcelona, Editorial Teide.
- BOTE GÓMEZ, V (dr.) (1978), *La integración en el capitalismo de la explotación olivarera de carácter familiar: interpretación macroeconómica y crítica de su estructura interna*, Madrid, Departamento de Economía Agraria del C.S.I.C.
- CRESPO Y LEÓN, V. (1909), *El olivo en la cuenca del Ebro. Clima y suelo, variedades, cultivo, accidentes, enfermedades y modo de combatirlas*, Madrid.
- Estadísticas del Comercio Exterior de España, 1980-1987.*
- KONDO, A. (1990), *La agricultura española del siglo XIX*, Madrid, Nerea.
- LÓPEZ ONTIVEROS, A. (1982), *Las cooperativas olivícolas andaluzas*, Córdoba, Monte de Piedad y Caja de Ahorros.
- MARTÍNEZ MORENO, J. M. (1980), «Problemas en la industrialización del aceite de oliva», *Papeles de Economía Española. Economía de las Comunidades Autónomas. I. Andalucía.*
- MATÉ, V. (1997), «El olivo de la discordia», *El País*, 6 de abril, p. 54.
- Ministerio de Agricultura. Dirección General de Industrias Agrarias (1979), *Estudio sobre el sector de extracción de aceite de oliva*, Madrid, Imprenta del Ministerio.
- Ministerio de Agricultura. Dirección General de la Producción Agraria (1974), *Inventario agronómico del olivar. Provincia de Córdoba. 1974*, Madrid.
- (1975a), *Inventario agronómico del olivar. Provincia de Jaén. 1975*, Madrid.
- (1975b), *Inventario agronómico del olivar. Provincia de Sevilla. 1975*, Madrid.
- (1977a), *Inventario agronómico del olivar. Provincia de Granada. 1976*, Madrid.
- (1977), *Inventario agronómico del olivar. Provincia de Málaga. 1976*, Madrid.
- (1980), *Inventario agronómico del olivar. Provincia de Badajoz. 1979*, Madrid.
- MOZAS MORAL, A. (1999), *Organización y gestión de las almazaras cooperativas: un estudio empírico*, Jaén, Universidad de Jaén, Tesis doctoral.

- NADAL, J y CARRERAS, A. (1987), «La industria fabril española en 1900. Una aproximación», J. Nadal; A. Carreras y C. Sudriá (eds.), *La economía española en el siglo XX. Una perspectiva histórica*, Barcelona, Ariel, pp.
- NAREDO, J. M. (1983), «La crisis del olivar como cultivo biológico tradicional», *Agricultura y Sociedad*, 26, pp. 168-288.
- ORTEGA NIETO, J y CADAHIA CICUENDEZ, M. (1957), «Producción de aceituna y elaboración del aceite», *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, 12, pp. 9-84.
- PAREJO, A y ZAMBRANA, J. F. (1994), «La modernización de la industria del aceite en España en los siglos XIX y XX», J. Nadal y J. Catalán (eds.), *La cara oculta de la industrialización española*, Madrid, Alianza Universidad, pp. 13-42.
- PINILLA NAVARRO, V. (1995), *Entre la inercia y el cambio: el sector agrario aragonés, 1850-1935*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- PUJOL ANDREU, J. (1988), *Les transformacions del sector agrari catala*, Barcelona, Universitat Autònoma, tesis doctoral inédita
- RAMON I MUÑOZ, R. (1997), «La industria aceitera española y los mercados exteriores. Un análisis comparativo, 1852-1913», *II Encuentro de Historia Económica*, Universidad Internacional Menéndez Pelayo, Valencia
- (2000), «Specialization in the International Market for Olive Oil before World War II», Sevket Pamuk and J. G. Williamson (eds.), *The Mediterranean Response to Globalization Before 1950*, London and New York, Routledge, pp. 159-198.
- ROCCHI, B. (1993), «L'evoluzione del mercato internazionale dell'olio di oliva», *Medit*, 4, pp. 50-61.
- ROUX, B. (1988), «Spagna: la moltiplicazione degli olii», *La Questione Agraria*, 29, pp. 33-68.
- RUIZ ALMANSA, J. (1934), *Estadística y economía del aceite de oliva*, Madrid, Asociación Nacional de Olivareros de España.
- Sindicato Vertical del Olivo (1950), *Estadísticas oleícolas*. I. Madrid.
- (1973), *Libro blanco del aceite de oliva*, Madrid.
- TIÓ, C. (1982), *La política de aceites comestibles en la España del siglo XX*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- ZAMBRANA PINEDA, J. F. (1985), «El olivar español, 1870-1930», R. Garrabou y J. Sanz, *Historia agraria de la España contemporánea. II. Expansión y crisis (1850-1900)*, Barcelona, Ed. Crítica, pp. 301-320.
- (1987), *Crisis y modernización del olivar español, 1870-1930*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- (1993), «Las industrias de los aceites y grasas vegetales en España: un desarrollo limitado, 1850-1950», *Revista de Historia Industrial*, 4, pp. 57-90.
- (1999), «La industria del aceite de oliva en Andalucía durante el primer franquismo, 1939-1952», A. Parejo y A. Sánchez Picón (eds.), *Economía andaluza e historia industrial. Estudios en homenaje a Jordi Nadal*, Motril, Asukaría Mediterránea Ediciones, pp. 441-463.



From industrial oil to foodstuff: changes in the Spanish oil sector, 1830-1986

ABSTRACT

This paper analyses the evolution of the Spanish oil and olive sector during the 19th and 20th centuries from a macroeconomic perspective. We consider its main macroeconomic variables, such as land surface, production, returns, exports, industries of second transformation, prices and wages, stressing the relevance of the agricultural policy to the evolution of the sector in different periods of time. In some periods, the policy was beneficial to the sector, allowing an increase of the olive surface, technical transformations and high returns. In other cases, the rate of return fell down dramatically, prompting the destruction of some olive groves. However, in both cases, having a productive olive sector with a high quality olive oil that was exported to foreign markets under a Spanish trademark appears to have been crucial.

KEY WORDS: *Industrial History, Agricultural History, Olive Economics, Spanish Olive Oil History.*



De grasa industrial a producto de mantel: transformaciones y cambios en el sector oleícola español, 1830-1986

RESUMEN

Este trabajo sintetiza, desde una perspectiva macroeconómica, los distintos periodos por los que ha pasado el olivo y el aceite de oliva español durante los siglos XIX y XX (hasta la entrada de España en la Comunidad Económica Europea). Para ello, el autor integra la evolución de las principales variables del sector: superficie, producción, rendimientos, comercio exterior, industrias de segunda transformación, precios, salarios, etc., al tiempo que hace especial referencia a la política oleícola, que no siempre resultó beneficiosa para el olivar. No todos los periodos fueron de expansión. En unos casos, la coyuntura fue propicia para la extensión del cultivo, las transformaciones técnicas y la obtención de elevados ingresos. En otros, los olivicultores vieron caer la rentabilidad de sus explotaciones e, incluso, llegaron al arranque de numerosa arboleda. Sin embargo, en uno y otro caso se pone de manifiesto la importancia de tener olivos productivos, de obtener aceites de calidad y de exportar una parte importante de la cosecha, mucho más si se hace con marca española.

PALABRAS CLAVE: *Historia Industrial, Historia Agraria, Historia del aceite de oliva español, Economía oleícola.*

